

Los discípulos estaban reunidos y reclusos “por miedo a los judíos”. Miedo y vergüenza les produce haberse comprometido con el crucificado. La negación reiterada de Pedro viene a repetirse en los discípulos. Pero a la vez no pueden borrar la historia ni desterrar de su interior el largo tiempo de convivencia con el Maestro y la reciente celebración de la Pascua con él, en aquel ambiente de profunda amistad.

Desconcertados, se apoyan unos en otros, se defienden en grupo de la situación que viven. Es esa convivencia la que les lleva a descubrir al Señor. El Señor se les manifiesta cuando conviven, cuando comparten sus miedos e inquietudes, su desconcierto. Se manifiesta entre ellos. Por el contrario no experimenta su presencia resucitada quien está fuera del grupo, Tomás. Pero su incredulidad ayudará a nuestra fe.

Se les manifiesta cómo el torturado, el crucificado, el que lleva sobre su cuerpo las cicatrices. Pero no viene sólo para dejarse ver. Viene ofreciendo la paz: había dicho antes de morir en el cenáculo: La paz os dejo, la paz os dejo, la paz os doy, no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni tengáis miedo” (Jn 14,27). Trae consigo el Espíritu, que les quitará el miedo, convertirá su desconcierto interior en paz, les dará poder para perdonar. Y la misión de salir de la casa y continuar su obra. La experiencia de la resurrección cambiará radicalmente su vida. Del miedo a los judíos pasarán a la “esperanza viva”, de la que habla San Pedro en la **segunda lectura**.

Los discípulos, entendieron que el Maestro se hacía presente en la comunidad, donde dos o tres estén reunidos en su nombre, como él les había dicho. Y desde el principio vivieron su presencia y la de su Palabra formando comunidad, como nos muestra la **primera lectura**. Es decir, poniendo en común su fe y sus bienes, lo que eran y lo que tenían.

Hechos 2, 42-47 / 1ª Pedro 1,3-9 / Juan 20, 19-31

En estos días nuestra liturgia se llena de una palabra, alegría. Inmediatamente surge la pregunta ¿es posible la alegría cuando tanta gente sigue crucificada? ¿Se puede celebrar la Pascua cuando en buena parte del mundo es Viernes Santo? ¿No hay algo de falsedad en nuestros cantos de gozo pascual?

No son preguntas retóricas, sino interrogantes que nacen para nosotros creyentes desde el fondo de nuestro ser cristiano. Parece que sólo podríamos vivir alegres en un mundo sin llanto ni dolor, aplazando nuestros cantos y reprimiendo nuestro gozo para no ofender el dolor de tantas víctimas. Ciertamente, no se puede celebrar la Pascua de cualquier manera. La alegría pascual no tiene nada que ver con la satisfacción de unos hombres y mujeres que celebran su propio bienestar, ajenos al dolor de los demás. La alegría pascual es otra cosa.

Estamos alegres, no porque han desaparecido el hambre y las guerras, ni porque han cesado las lágrimas, sino porque sabemos que Dios quiere la vida, la justicia y la felicidad de los desdichados. Y porque creemos que lo va a lograr. Nuestra alegría pascual se alimenta de esa esperanza. Por eso, no olvidamos a quienes sufren. El saber que Dios hará justicia a los crucificados no nos vuelve insensibles.

Vistas así las cosas, hay que decir que la resurrección se hace presente y se manifiesta allí donde se lucha y hasta se muere por suprimir el sufrimiento que se puede evitar. Y aquí es donde, sobre todo, tiene que hacerse presente y tangible la fe en la resurrección: sufriendo por suprimir el sufrimiento y hasta muriendo por evitar la muerte. De donde resulta que comprometerse por la fe en Jesús Resucitado es lo mismo que comprometerse por la lucha a favor de la vida. Por una vida más humana, más plena, más completa y más feliz para todos.

“Os he dado ejemplo para que también vosotros hagáis lo que yo he hecho con vosotros”

(Juan 13,15)

Cristo no tiene manos
sólo cuenta con nuestras manos
para hacer su trabajo hoy.

Cristo no tiene pies,
sólo cuenta con nuestros pies
para guiar a los hombres
por el sendero de la vida.

Cristo no tiene labios,
sólo cuenta con nuestros labios
para hablar de sí mismo
a los hombres de hoy.

Cristo no dispone de otros medios
que nuestra ayuda
para conducir a los hombres hasta Él.
Nosotros somos la única “biblia”
que los pueblos leen ahora,
somos el único mensaje de Dios
escrito en obras y palabras.

(Oración del siglo XIV)

COMUNIDAD EN CAMINO

2º PASCUA - Ciclo “A”
23 ABRIL 2017
FRAILES DOMINICOS - MADRID

**“Si no veo en sus
manos la señal de los
clavos, si no meto el
dedo en el agujero de
los clavo, si no meto la
mano en su costado, no
lo creo”**



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es

